

## Reseña:

Onghena, Yolanda. 2014. *Pensar la mezcla. Un relato intercultural*. Barcelona: Gedisa.

**Icía ALONSO ARAGUÁS**

(Universidad de Salamanca)

Received: December 19, 2014

Accepted: January 20, 2015

Yolanda Onghena es investigadora sénior en el *Barcelona Center for International Affairs* (CIDOB), donde dirige el programa de Dinámicas Interculturales. Se ocupa de analizar las dinámicas culturales bajo el prisma de una reflexión interdisciplinaria e internacional y este es también el enfoque elegido para hablar de los espacios interculturales que, con el signo del mestizaje, forman ya parte de nuestra vida cotidiana.

*Pensar la mezcla* es un libro muy personal, con retazos de la trayectoria vital e intelectual de la autora, con encuentros, lecturas y reflexiones que la han acompañado en su búsqueda autobiográfica y que nos presenta a modo de conversación en voz alta. Se trata de una reflexión profunda y original sobre la cultura, situada en las antípodas del academicismo y con la vista puesta no tanto en el hallazgo que nos espera al llegar a la meta sino en el camino recorrido y en los espacios de complicidad y de conflicto que atravesamos durante el viaje. Por eso, esta obra es, sobre todo, un estímulo para la reflexión.

Estamos ante un trabajo poco convencional. En primer lugar, porque plantea la mezcla –es decir, la interacción e hibridación culturales propias de los contextos migratorios– no como un problema sino como una solución, lo cual en la coyuntura actual no deja de ser una excentricidad. En segundo lugar, y, en mi opinión, este

es el principal mérito del libro, porque la propia autora elige ir más allá de aquellas categorizaciones convencionales (identidades, etnias, nacionalismos, por ejemplo) que en la vida cultural de Occidente organizan nuestra manera de pensar a partir de oposiciones binarias y dicotomías inalterables. Son categorías, según nos muestra Onghena, excluyentes por definición, sin espacios para la mezcla y generadoras de asimetrías (p. 71). En tercer lugar, la mezcla es –digámoslo claramente– un concepto poco tematizado en los círculos de eruditos y expertos en estudios interculturales, donde suelen preferirse otros términos quizá más sonoros, como hibridación, mestizaje, diversidad, etc., de los que también se hace eco la autora. Pero la mezcla de la que se habla en esta propuesta posee también connotaciones sensoriales (color, sabor, aroma, sonidos...) y nos vincula menos al mundo platónico de las ideas que a las propias vivencias e incertidumbres. De ahí la franqueza con que se nos plantean los distintos interrogantes sobre el tema, y de ahí la frescura de este relato franco y directo sobre la diversidad cultural, y más concretamente sobre la identidad y la alteridad, la similitud y la diferencia, que deja traslucir las propias vivencias, encuentros y lecturas interculturales.

La osadía intelectual al reflexionar sobre un concepto poco o nada académico –la mezcla como resultado directo de los diferentes contextos migratorios– encuentra su correlato en el método elegido para hacerlo. Junto a la voz de la autora, suenan las voces entremezcladas de quienes hablan desde la frontera, desde las periferias, voces de doble pertenencia y de orígenes muy diversos. No se trata, sin embargo, de introducir un toque exótico en la reflexión, sino más bien de mantenerse a la escucha de otros interlocutores con los que se conversa en pie de igualdad («Demasiadas veces hablamos *de* los Otros, pocas veces *con* ellos y menos veces aún los escuchamos», p. 16). Yolanda Onghena integra así en este relato intercultural un discurso polifónico y plural con voces del Sur y del Norte, de Oriente y de Occidente, que, según nos confiesa, no ha escogido ella sino que le han ido apareciendo a lo largo del relato (p. 123). Las más de doscientas referencias bibliográficas que propone al final del libro son un testimonio elocuente de esta búsqueda ecléctica en la que se incluyen nombres procedentes de disciplinas y ámbitos geográficos muy diversos: desde la denominada «epistemología del Sur» (Milton Santos) a los filósofos que consolidaron los cimientos de la hermenéutica y el postestructuralismo en Occidente (Baudrillard, Bhaba, Bauman, Deleuze, Ricoeur, Gadamer, Lyotard), antropólogos y sociólogos (Lévi-Strauss, Barth, Durkheim, Du Bois, Gilroy), historiadores occidentales (Débray, Burke) y teóricos europeos y africanos de las artes visuales, pasando por los clásicos literarios (Platón, Goethe, Cavafis, Huidobro, Cortázar), políticos del siglo pasado (Joaquín Costa), expertos en estudios culturales (Appiah, Benhabib, Shayegan) y artistas y críticos de arte contemporáneos (Berger, Abd al Malik, Rocío Becerril). Así es como logramos escudriñar la mezcla desde un «enfoque descentralizado y transversal» (p. 193), sumergiéndonos en una propuesta genuinamente interdisciplinar, en una

conversación entre interlocutores y disciplinas cuyos límites se diluyen, «donde una disciplina toma prestada a otra disciplina ciertos elementos y los sitúa en un marco más amplio para repensar lo cultural, lo social o lo político» (p. 167).

Esta manera de contar permite que fluya la dinámica propia de la diversidad, favoreciendo el solapamiento y entrecruzamiento de ideas de quienes experimentan la mezcla –incluida la autora–, sin pretender tematizarla, y dejando que hable por sí misma.

La estructura del libro –concebido para leerse de forma lineal o circular– invita en la primera parte a considerar la cultura como un sistema «inquieta», un fluido en evolución permanente, con efectos múltiples y con una pluralidad de contextos donde experimentar la mezcla que le es consustancial. En la segunda parte la autora reflexiona sobre las distintas maneras en que la cultura habla, interpreta y reconoce la mezcla.

A través de cinco relatos de mezcla presentados por Onghena, descubrimos con sorpresa las estrategias que la periferia utiliza para organizar sus relaciones con el centro, en función de puntos de partida y contextos geográficos bien diversos: la hibridación; la transculturación (reivindicando la autoría de Fernando Ortiz, quien propuso por primera vez el término en la Cuba de los años 1940); la criollización (poniendo el foco en la isla de La Reunión); la aculturación voluntaria (eligiendo como ejemplo a la sociedad japonesa) y, por último, el mestizaje (visto en el contexto iberoamericano). El examen atento de estas estrategias nos descubre su capacidad para derribar los discursos esencialistas sobre la cultura, aquellos que tratan de inmovilizar en categorías puras lo que en realidad es dialéctica, ambigüedad, evolución y proyecto.

En el recorrido por los contextos y las vivencias que genera la mezcla, la autora, cuya formación incluye la historia del arte y los estudios teatrales, nos invita a utilizar como hilo conductor una metáfora que se revelará extraordinariamente fructífera: la del color, capaz de describir los distintos grados de asimilación a la cultura (blanca) occidental y de dosificar las mezclas posibles.

La segunda parte de la obra se titula «Para pensar la mezcla» y se abre con una nueva metáfora que contextualiza el resto de los capítulos: la de la frontera. En un mundo marcado por la globalización y los flujos migratorios crecientes, algunas fronteras físicas son nuevamente redibujadas y otras quedan, en cambio, diluidas; sin embargo, las fronteras más asimétricas generadas en este contexto son las generadas entre identidades y rivalidades colectivas. Son fronteras marcadas con rasgos culturales desde donde se construyen las identidades de unos por oposición a las de los otros. El carácter de la frontera, resistente y permeable a la vez, permite analizar así los entrecruzamientos y ambigüedades en los distintos modos de hablar sobre la identidad y la cultura, los vínculos que existen entre centros y periferias, entendidos ya no como lugares espaciales, sino como procesos de alejamiento o de aproximación, y el papel que desempeñan en la construcción de nuevas identidades.

Estos últimos capítulos retoman la crítica a las categorizaciones culturales que anticipaban las reflexiones de las primeras páginas, una crítica que cobra ahora más sentido, si cabe, a la luz del itinerario recorrido. La conceptualización de la cultura –y, vinculada a ella, la de las identidades culturales– desde categorizaciones políticas, religiosas y culturales siempre opuestas, polarizadas, deriva a menudo en etnocentrismos inconscientes o recubiertos con el manto de la neutralidad acrítica, ante los que la autora nos pone en guardia. Por cierto, que dentro de estos etnocentrismos, sitúa también Onghena el etnocentrismo del idioma, que determina la ubicación de las periferias culturales con relación al centro, relega al ostracismo a una pléyade de autores y pensadores por el simple hecho de no haber sido traducidos, y obliga a los pocos autores que sí lo han sido a occidentalizarse en aras de obtener una mayor visibilidad (p. 174). La cultura, vista a través de las luces y las sombras de este relato intercultural, se perfila, pues, como un fenómeno social marcado por las asimetrías que genera la economía y por el *continuum* temporal de la historia en la que está inmersa.

El final de este libro tan particular tampoco es un final al uso. Es una invitación a continuar la conversación desde las coordenadas que delimitan nuestra cartografía personal en el mundo o, lo que es lo mismo, una invitación a hacer de la mezcla el material con el que tejemos nuestra identidad cultural. Esa misma propuesta de John Berger, olvidar la convención, las jerarquías y el propio yo, es la que hace suya nuestra autora al elegir para su cubierta un cuadro que Brueghel el Viejo pintó en 1562, el siglo de oro de los grandes descubrimientos, de los encuentros culturales y del encuentro con el Otro. Los dos simios del maestro holandés, arrimados a una misma ventana, miran –como lo hace el libro– en direcciones opuestas: hacia el mundo interior, el nuestro como lectores atentos del libro o simplemente como ciudadanos inmersos en *esta* sociedad; y hacia el mundo exterior, que insinúa relaciones con espacios lejanos y enigmáticos. Son la introspección y la apertura al Otro que construyen, en su movimiento dialéctico de ida y vuelta, una identidad personal y colectiva que solo tiene sentido desde la mezcla.